

Una página de Renan

Como la aproximación de la vejez me llevase hace algunos años á elegir una residencia de verano cerca de los lugares donde pasó mi infancia, quise volver á ver el cementerio de... donde, según indicaciones ciertas, sabía que debía estar enterrada mi joven amiga de infancia, Noemi. ¡Oh! ; No encontré su nombre! Una piedra sepulcral fué evidentemente un lujo mortuorio demasado caro para ella; no tuvo más que una cruz de madera. Y la cruz de madera cae pronto hecha pedazos; el travesaño que lleva el nombre del difunto se despega en seguida, y los muertos cuya memoria no es conservada más que por este frágil signo, no existen bien pronto más que en el recuerdo de Dios.

Este recuerdo, dada la realidad misma de las cosas, es verdaderamente el único que importa. La memoria de los hombres, además de que es corta, es la inexactitud misma. Tengo el honor de ser miembro de la comisión de la historia literaria de Francia, en la Academia de Inscripciones y Bellas Letras. Si se supiera qué colada de errores hacemos en cada una de nuestras sesiones, todo el mundo se haría incrédulo sobre lo que se dice y se cuenta. El juicio final, suponiendo que el Eterno dé un sitio en él al interrogatorio de los testigos, será un tejido de iniquidades. Un incidente me dió sobre esta incurable debilidad de las opiniones humanas una luz espantosa.

Como pidiese algunos detalles á una persona que yo sabía que debía estar bien informada de mi amigueta, he aquí lo que se me contestó: « Sí, era muy linda; pero se extravió. No la busque V. aquí. Siguió á fulano... que la había seducido, y luego la abandonó. Acabó en las aceras de París. » La persona á quien yo interrogaba añadió diferentes circunstancias muy precisas, que parecían no dejar ninguna duda sobre la verdad de sus aserciones.

El horror de un sacerdote que viera caer su santo sacramento en el fango, sería nada al lado del sentimiento que experimenté en aquel instante. El pensamiento de que mi amigueta, que me había abierto el paraíso del ideal cuando yo tenía doce años, hubiera sido profanada á tal punto, me llenó de indignación. Lo que mi madre me contó de su muerte piadosa estaba todavía en mi oído. No contesté nada á mi interlocutor, pero me senté bajo una vieja haya, en el rincón del cemen-

terio, enfrente del mar. Reuní mis recuerdos; bien pronto se me apareció la verdad, soberana, evidente, sin mezcla de conjeturas. Relacionando algunas particularidades de la conversación que acababa de tener, vi alzarse ante mí una mala inteligencia, clara como la luz del día.

Noemi, en efecto, tenía una amigueta que jugaba á menudo con nosotros y que no se le parecía más que en la belleza, una belleza que procedía del diablo en línea recta, como la suya procedía de Dios. La llamaré Nera. Aunque hija de una madre muy casta, Nera tuvo desde su infancia las maneras de una muchacha alegre. Perdió á su madre muy temprano; mi abuela la recogió; pero, entregada á sus devociones, fué con Nera de una extrema debilidad. No veía su mala conducta, y cuando mi hermana Enriqueta iba á pasar algunas semanas á casa de su abuela, á quien amaba mucho, tenía una perpetua opresión de corazón. Nera la hacía desgraciada, se burlaba de su seriedad, haciéndole entender que siendo menos linda, era buena todo lo más para servirla. Mi hermana, excesivamente delicada, sufría sin decir nada. Una tarde, al volver de la iglesia, en el fondo de un corredor sombrío que llevaba al departamento que habitaba mi abuela, recibió, lanzando un grito, un beso que no le estaba destinado. En fin, la pobre Nera cayó de la manera más triste. Un día, en la calle de Val-de-Grace, Enriqueta y yo recibimos su visita. Aunque muy abatida, tenía el aire rencoroso. Enriqueta olvidó sus repugnancias, é hizo todo lo que era posible para salvarla. Pero esta bondad irritaba á la desgraciada. Detrás de la bienhechora veía á la niña cuya virtud había maltratado. Deberlo todo á su víctima de otra época, le parecía peor que el hambre. Al cabo de algún tiempo cambió de dirección, y perdimos enteramente sus huellas.

Por razonamientos indubitables que no dejaban lugar á ninguna vacilación, llegué á ver que se había establecido una horrible confusión, y que, en la memoria de las tres ó cuatro personas que pueden todavía tener alguna luz sobre aquel pasado, al recuerdo de Noemi se había sustituido el de Nera. Ved de qué depende la recompensa de la virtud, si no depende más que de los hombres. Un *quid pro quo* carga á una persona virtuosa las faltas de una mujer culpable. A decir verdad, esto no es de grandes consecuencias; dentro de algunos años, las tres ó cuatro personas que se acuerdan de Noemi, y yo con ellas, habremos desaparecido, y entonces todo será sepultado en el olvido,